

BOLETÍN OFICIAL

DEL OBISPADO DE CORIA-CÁCERES

IGLESIA DIOCESANA

CATEQUESIS DEL SEÑOR OBISPO

Misa de Acción de Gracias por la Canonización del Beato Josemaría Escrivá

(Concatedral de Santa María, 18-X-2002)

Queridos amigos:

Hace diez años, el 17 de mayo de 1992, el Papa Juan Pablo II, rodeado de una multitud que dejaba pequeña la Plaza de San Pedro del Vaticano, beatificaba al fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá de Balaguer. En aquella ocasión, en nuestra Diócesis, nos unimos a la acción de gracias de la Prelatura y a todas las personas vinculadas o simpatizantes de la Obra. La Iglesia, después de reconocer las virtudes heroicas del Fundador proclamaba su santidad y le proponía como modelo e intercesor para los miembros de la Obra que, a partir de entonces, podrían celebrar su fiesta.

Ya entonces, la presencia de miles y miles de personas asistentes a la beatificación y procedentes de los cinco continentes ponía de relieve que la ola expansiva suscitada por el beato José María, transcendía los límites mismos de la Prelatura y se había difundido vigorosa por toda la Iglesia. En el acto solemne del domingo 6 de octubre, en el que un buen número de diocesanos tuvisteis la suerte de participar, el Papa Juan Pablo II proclama al Beato Santo –San Josemaría–, lo inscribía en el catálogo de los santos, lo proponía como modelo e intercesor para toda la Iglesia.

Lo específico de la canonización de un santo es que, sin dejar de ser de la institución que lo ha promovido, pasa a ser patrimonio de toda la Iglesia. Hoy, por eso, nuestra acción de gracias tiene aún más

sentido, si cabe hablar así, que la de hace diez años. Estamos seguros de que el nuevo santo se habrá sentido feliz más que por el nuevo reconocimiento de su santidad, por hacerse realidad lo que siempre entendió: que su obra no era suya, sino de Dios y, por tanto, de la Iglesia.

¿Quiénes son los santos? «Los santos son los que dejan pasar la luz», dicen que contestó a esta pregunta un avispado monaguillo, acostumbrado a mirar las figuras de los santos en las vidrieras de la catedral en que servía. Los santos son hombres y mujeres de la misma madera que nosotros, que pusieron su pequeñez en las manos de Dios con inmensa confianza y se dejaron tallar por la gracia divina. Así se veía a sí mismo nuestro santo, así lo dijo en cientos de ocasiones, como en aquella carta escrita en el año 1934, hablando de la Obra: «Hace muchos años que el Señor la inspiraba a un instrumento inepto y sordo, que lo vio claro por primera vez el día de los Santos Angeles Custodios». Es la misma idea que, tomada de una de las homilias de San Josemaría, podéis encontrar expresada con honda finura espiritual en el folleto de la celebración que tenéis en vuestras manos: «Sin gran dificultad podríamos encontrar en nuestra familia, entre nuestros amigos y compañeros, por no referirme al inmenso panorama del mundo, tantas otras personas más dignas que nosotros para recibir la llamada de Cristo. Más sencillos, más sabios, más influyentes, más importantes, más generosos ... Yo, al pensar en estos puntos, me avergüenzo. Pero me doy cuenta también de que nuestra lógica humana no sirve para explicar las realidades de la gracia. Dios suele buscar instrumentos flacos, para que aparezca con clara evidencia, que obra es suya... En la base de nuestra vocación están el conocimiento de nuestra miseria, la conciencia de que las luces que iluminan el alma —la fe—, el amor con el que amamos —la caridad— y el deseo por el que nos sostenemos —la esperanza— son dones gratuitos de Dios... Desde esa humildad, podemos comprender toda la maravilla de la llamada divina».

Los santos son esos hombres que interpretan la partitura del Evangelio, que lo reescriben con su vida, y que, por eso, a su lado experimentamos de manera más fuerte y viva la cercanía de Dios. Agradados por la gracia divina, reverbera en ellos la belleza de Dios y la reflejan haciéndose gracia para los demás. Los santos son un regalo de Dios a la Iglesia y al mundo.

Pero los santos fundadores aportan, además de su ejemplaridad y de las obras que pusieron en marcha, un mensaje especial para los hombres de cada época. ¿Cuál fue y sigue siendo el mensaje del Santo Josemaría Escrivá?: «Algo —decía él— tan viejo y tan nuevo como el Evangelio: La llamada universal a la santidad en medio del mundo. La obra no tiene otra doctrina que la del Evangelio». Lo nuevo, en un contexto en que se pensaba que la santidad era propia y casi exclusiva de quienes seguían los consejos evangélicos, es su espíritu absoluto

mente secular. «El programa de la santidad de Cristo, dirigido tanto a hombres como a mujeres se expresa de forma particular en los consejos evangélicos. Sin embargo, debemos añadir inmediatamente que la vocación a la santidad, en su universalidad, comprende así mismo a las personas que viven en el matrimonio y a los que conservan la posesión y administración de los bienes, se ocupan de los negocios terrenos y desarrollan profesiones, misiones y oficios con libre disposición de sí, según su conciencia y su libertad» (Juan Pablo II). Es lo que San Josemaría empezó a ver claro a finales de los años veinte y que, más tarde, haría suyo el Concilio Vaticano II.

Contemplar a Dios en el desempeño de las actividades ordinarias del cristiano significa aunar contemplación y acción; dos conceptos que durante mucho tiempo se habían considerado antagónicos. Significa elevar el mundo a la categoría de lugar de encuentro con Dios, haciendo que la santidad se de en el mundo, no a pesar del mundo, sino haciendo al mundo substancia misma de la santidad: «Lo nuestro es lo ordinario, con naturalidad. Medio: el trabajo profesional. ¡Todos santos!», repetía.

En la primera lectura que ha sido proclamada veíamos la creación recién salida de las manos de Dios y, en medio, el hombre con el encargo de guardarla, cultivarla, promoverla haciendo de ella la casa grande de la familia humana. ¡Santificarse haciendo de nuestra actividad colaboración con la acción creadora de Dios!

El fundamento que hace posible esto, en el mensaje de Josemaría, es la filiación divina: saberse hijos de Dios y comportarse como tales. No verse arrojados a la existencia como fruto del azar, ni condenados a existir sin sentido, sino llamado a la vida por el amor divino e invitados a poner amor en todo, a transfigurar todo por el amor. Parece que fue un 16 de octubre de 1931, mientras viajaba en un tranvía leyendo el periódico, cuando tuvo esta percepción intensísima, que le hizo ver con una luz nueva esta verdad fundamental de la filiación divina.

Es lo que hemos escuchado en la segunda lectura: «Por que no recibisteis un espíritu de esclavitud, sino que recibisteis un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ¡Abbá, Padre!».

La consecuencia de lo anterior es convertirse en fermento dentro de la masa. «Ser cristiano, decía, es ser apóstol... poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas». El cristiano puede y debe promover empresas apostólicas, utilizar las mediaciones humanas en todos los campos —desde las obras estrictamente apostólicas hasta aquéllas netamente seculares en que se expresa el servicio al mundo—, pero la «clave» para el santo era el apostolado personal que todos los hijos de Dios realizan allí donde se encuentran con su vida y sus palabras. Si todo es ocasión de santidad, todo es ocasión de apostolado.

Esta llamada al apostolado es la que he querido escuchar en el texto del evangelio de esta misa. Tras la redada abundante de peces que siguió a la experiencia de una noche de brega y de fracaso, Pedro reconoce con humildad su pequeñez y su pecado. Pero es entonces cuando Jesús le promete hacerle pescador de hombres. ¡Todos estamos llamados a ser pescadores siempre con nuestra vida, nuestra palabra y nuestra actividad apostólica!

Esto supone, y es otra característica en San Josemaría, la unidad de vida, la unión entre la oración, el trabajo y el apostolado, que no son compartimentos estancos, sino dimensiones de un único corazón enamorado de Dios. El cristiano ha de serlo siempre, en la vida privada y en la pública, en el trabajo y en el descanso, en la buena fortuna y en la adversidad, en el templo y en la calle. Cuentan que el santo llegó a decir que no distinguía cuándo rezaba y cuándo trabajaba. He leído con motivo de la canonización lo que decía, respondiendo a un periodista, el Prelado del Opus Dei, Mons. Echevarría: que no veía este acontecimiento como un momento de triunfo, sino de humildad. La razón es porque era una buena ocasión para comparar la propia vida con el ideal que el santo enseñó y, sobre todo, encarnó. La distancia —seguía diciendo— será aún más clara cuando, con el paso del tiempo, se comprenda todavía mejor la grandeza de su figura. Y añadía: «El se consideraba tan solo un instrumento inepto y sordo. Esto nos enseña a descubrir que la grandeza de la persona humana es dejar actuar a Dios en la propia alma, y cooperar con responsabilidad».

Quisiera recordar que San Josemaría profesó siempre una tierna devoción a la santísima Virgen. Que en este mes del Santo Rosario, que Juan Pablo II ha querido enriquecer con cinco nuevos misterios de luz, nos conceda el Señor hacer realidad las enseñanzas siempre antiguas y siempre nuevas del Evangelio que el nuevo santo tan bien encarnó. Amen

Mensaje vocacional a los presbíteros de la diócesis

Queridos amigos: Os escribo después de un encuentro con los sacerdotes responsables de la pastoral vocacional en la diócesis. Ellos, que saben que estamos todos preocupados por el problema vocacional, quieren compartir con nosotros sus ilusiones y proyectos, y nos invitan a pasar de la preocupación a la acción.